opusdei.org

Evangelio del domingo: ¡velad!

Comentario del 1.º domingo de Adviento (Ciclo B). “Lo que a vosotros os digo, a todos lo digo: ¡velad!”. Velar significa primordialmente querer a los demás, mirar a todos con cariño y comprensión, reconociendo a Jesús en cada persona.

Evangelio (Mc 13,33-37)

Estad atentos, velad: porque no sabéis cuándo será el momento. Es como un hombre que al marcharse de su tierra, y al dejar su casa y dar atribuciones a sus siervos, a cada uno su trabajo, ordenó también al

portero que velase. Por eso: velad, porque no sabéis a qué hora volverá el señor de la casa, si por la tarde, o a la medianoche, o al canto del gallo, o de madrugada; no sea que, viniendo de repente, os encuentre dormidos. Lo que a vosotros os digo, a todos lo digo: ¡velad!

Comentario

Hemos entrado en el tiempo de Adviento, tiempo de conversión y preparación para la venida del Señor. Y en el evangelio de este domingo resuena la exhortación de Jesús dirigida a todos: “Estad atentos. ¡Velad!” (v. 33).

Para subrayar sus palabras, Jesús pone el ejemplo del señor de unas tierras que marcha a otro lugar y deja todo al cuidado de sus siervos. En especial, le encarga al portero que

se quede velando y cuidando la casa hasta que su señor vuelva.

El papel del portero es importante porque si él se durmiera o despistara, podrían entrar ladrones en la casa y también en las tierras de su señor e incluso atacar a los siervos que han quedado a su cuidado. O podría volver su señor y no enterarse de ello.

San Agustín traducía la vigilancia del buen portero de la casa con estos consejos concretos referidos directamente a nuestra capacidad de amar: "Vela con el corazón, vela con la fe, con la caridad, con las buenas obras"[1].

Velar significa primordialmente querer a los demás, mirar a todos con cariño y comprensión, detectando las necesidades de los que nos rodean, y en las que podemos reconocer la venida de

Jesús sin encontrarnos desprevenidos.

El papa Francisco explicaba este aspecto importante de nuestra vigilancia diciendo que “la persona que está atenta es la que, en el ruido del mundo, no se deja llevar por la distracción o la superficialidad, sino que vive de modo pleno y consciente, con una preocupación dirigida en primer lugar a los demás. Con esta actitud nos damos cuenta de las lágrimas y las necesidades del prójimo, y podemos percibir también sus capacidades y sus cualidades humanas y espirituales. La persona mira después al mundo, tratando de contrarrestar la indiferencia y la crueldad que hay en él y alegrándose de los tesoros de belleza que también existen y que deben ser custodiados. Se trata de tener una mirada de comprensión para reconocer tanto las miserias y las pobrezas de los individuos y de la sociedad, como

para reconocer la riqueza escondida en las pequeñas cosas de cada día, precisamente allí donde el Señor nos ha colocado”[2].

Lo contrario de esta disposición atenta hacia los demás y de la vigilancia es el mal sueño y la negligencia. Es, en palabras de san Josemaría, “el sueño del egoísmo, de la superficialidad, desperdigando el corazón en mil experiencias pasajeras, evitando profundizar en el verdadero sentido de las realidades terrenas. ¡Mala cosa ese sueño, que sofoca la dignidad del hombre y le hace esclavo de la tristeza!”[3].

Dormirse mientras se vigila significa por tanto centrarse en el propio yo y sus apetencias y preocupaciones, sin percibir a los demás. Ese sueño siempre entristece y hace daño a los que queremos.

En cambio, concluía el Papa Francisco, “la persona vigilante es la

que acoge la invitación a no dejarse abrumar por el sueño del desánimo, la falta de esperanza, la desilusión; y al mismo tiempo rechaza la llamada de tantas vanidades de las que está el mundo lleno y detrás de las cuales, a veces, se sacrifican tiempo y serenidad personal y familiar"[4].

La advertencia de Jesús a la vigilancia se traduce con la liturgia de hoy en un ejercicio habitual de la caridad con los demás, como preparación eficaz para su llegada. Sabiendo que Jesús no viene como un juez severo que nos quiera castigar, que vino al mundo como un niño indefenso y pobre, que pide ser acogido, que se conforma con un pesebre para animales y que viene para colmarnos de bendiciones y de gracia en brazos de su Madre y de san José.

[1] San Agustín, *Sermón* 93.

[2] Papa Francisco, *Ángelus*, 3 de diciembre de 2017.

[3] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 147.

[4] Papa Francisco, ídem.

Pablo M. Edo // Photo: Andreas Dress - Unsplash

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-cl/gospel/evangelio-primer-domingo-adviento-ciclo-b/ (13/12/2025)